

Reivindicación de un Pueblo y crítica de un Régimen

14 DE ABRIL, 1931 - 1970

Discurso pronunciado por Don Fernando Valera en el acto conmemorativo de la instauración de la Segunda República Española, celebrado en París el 25 de abril de 1970 en el salón de actos de Force Ouvrière

Es ya de ritual que conmemoremos todos los años en este lugar la gloriosa efemérides del 14 de abril, en que España dio al mundo el ejemplo único en la historia de sustituir pacíficamente una Monarquía centenaria por una República libre. Pocos vamos quedando ya de los hombres que forjamos el 14 de abril. Yo soy uno de ellos. Mi experiencia y mi aportación considerable a aquella epopeya ciudadana me permiten afirmar que la República no advino como un regalo, llovido del cielo. Fue el coronamiento de un lento proceso de luchas políticas y sociales que llenaron de hazañas venturosas y de catástrofes lamentables los anales del siglo XIX, y más concretamente, del ciclo que comenzó en 1898, a raíz de la desastrosa guerra con los Estados Unidos y se cerró con la instauración de la Segunda República.

Mas no es del pasado de lo que yo quiero hablaros esta noche. La utilidad de estas asambleas conmemorativas no consiste en el recuerdo emocionado y romántico de aquella «gran aurora de esperanza», como la calificara un día el propio Francisco Franco, sino de la ocasión que nos brinda para reflexionar en voz alta, ante nuestros compatriotas, sobre el horrendo crepúsculo de la guerra civil y sobre la prolongada noche de la tiranía, y también y principalmente, para imaginar cómo podremos contribuir a que se acelere el inevitable nacimiento del nuevo día.

Desengañémonos. Nosotros no somos ni podemos ser ya los protagonistas del drama nacional. Por ley del ser, del tiempo y del espacio, los protagonistas tienen que ser — son — los hombres nuevos del pueblo de la noche y el silencio, allí, en España, donde reside la soberanía nacional que ni ha emigrado ni puede emigrar; el pueblo de la noche y el silencio que tampoco está ni puede estar encharcado en el tremedal infecto del Estado y del Movimiento franquistas; el pueblo de la noche y el silencio que se remansa al otro lado de la presa, como las aguas de un pantano, y que saltará un día en la catarata atronadora de la revolución, si antes no se acierta a encauzar sus inmensas energías potenciales por las acequias de la democracia libre y representativa. (Aplausos).

TAREA Y MISION DEL EXILIO. — Nosotros, los hombres del exilio, nunca hemos pretendido, y cada día menos pretendemos, suplantar al verdadero protagonista de la historia, que es el pueblo de ahora y allí, en España. Nosotros somos el pasado, un pasado heroico y venerable, y una porción todavía estimable, pero declinante, del presente. El pueblo de ahora y allí, en España, es el porvenir.

Pocos elementos de acción tenemos ya nosotros, los veteranos del exilio, por nuestra edad y nuestra pobreza; pero, con todo, aún podemos prestar un valioso concurso a los afanes y tareas de los nuevos constructores de la democracia española. Una de las más útiles aportaciones, que en buena parte nos incumbe a los que precisamente por estar ausentes de la patria tenemos mayor libertad para pensarla, es demoler con la piqueta del análisis crítico la espesa y sólida muralla de la mentira fabricada por la propaganda única y totalitaria del Estado franquista.

He dicho alguna vez que la más diabólica invención del franquismo, la que más eficazmente ha contribuido a su instalación y permanencia — más aún que la represión y la guardia civil — ha sido y sigue siendo el monopolio oficial de la información y propaganda, es decir, de la mentira.

Durante treinta años el pueblo español ha estado sometido a un lavado permanente de cerebro, mediante la reiteración machacona de consignas falaces que nadie puede sopesar, ni contradecir, ni desmentir; y vive como hipnotizado, sumergido en un mundo de alucinaciones, merced a la inoculación sistemática de la droga de la mentira que le suministran a toda hora la prensa, la radio, la televisión, y los demás instrumentos deformativos, más bien que formativos o informativos, de la propaganda del Estado.

Y esa mitología alucinatoria le aísla, al pueblo, de la realidad y le incapacita para vivir y actuar en el mundo de las realizaciones históricas. He ahí una de las tareas

que nosotros podemos llevar a cabo, para ser útiles, desde tan lejos, al renacimiento de la conciencia política de nuestra patria: restablecer la verdad, desintoxicar a la opinión pública, acabar con la mitología del franquismo, desenmascararle, ponerle al desnudo en toda su repugnante realidad.

Si nosotros, dejándonos de lejanas y contradictorias filosofías sociales y de estériles dogmatismos pseudo-revolucionarios, fuéramos capaces de concebir, todos a una, unas cuantas verdades claras y sencillas, y las acháramos a rodar hacia España, y lográramos que otros allí las difundieran de boca en oído o por el sistema de la cadena postal de siete copias, ello bastaría para neutralizar el monopolio estatal de la información, desintoxicar al pueblo de la droga de la mentira, y derribar una de las más sólidas columnas en que la tiranía se sustenta.

Tres de esos slogans o mitos de que vive el régimen franquista voy a someter hoy a la piqueta demoleadora de la crítica, quizás apasionada, pero desde luego rigurosa e incontrovertible: el carisma del Caudillo, los treinta años de paz y el milagro de la prosperidad económica.

EL MITO DEL CARISMA DEL CAUDILLO. — ¿Qué es y cómo es verdaderamente Franco? ¿Es verdaderamente un hombre providencial, carismático, como dicen sus sicofantes? ¿Es un monstruo, como aseguran sus adversarios? ¿Cómo es y qué es verdaderamente Franco? ¿Un cristiano ferviente, un militar valeroso, un político honesto y genial?

Ardua tarea la de conocer la auténtica contextura moral de un personaje histórico. Desde luego, no nos sirve para ello el juicio de sus contemporáneos; si vencedor y poderoso su verdadera efigie aparecerá soterrada bajo las arenas movedizas de la adulación; si vencido, bajo las de la calumnia. Y sin embargo, el Evangelio nos ofrece un método práctico e infalible: «Por sus obras los conoceréis».

Estas elucubraciones me vienen a las mentes pensando en el libro que recientemente ha publicado cierto cronista extranjero, un tiempo detractor y ahora apologista del Caudillo. El autor, de cuyo nombre no quiero acordarme, ha experimentado una evolución inversa de la que sufriera el coronel Ansaldo y de que dejara constancia en su libro «PARA QUE?» Para qué la guerra civil de España.

Ansaldo, que había sido uno de los más audaces precursores del Movimiento, héroe más tarde de la aviación franquista, terminó sus días en exilio, abominando del Caudillo, a quien acusaba de haber suplantado a la — según él, según Ansaldo — legítima Monarquía española.

Ansaldo aseguraba que el general Franco, además de sus innegables dotes de ambición, astucia, serenidad y perfidia, que hoy se consideran nobles prendas de todo genio político, poseía un convencimiento místico y como iluminado de su misión carismática. Hasta decía Ansaldo que el Caudillo tenía visiones y arrobos celestiales, y que llevaba a manera de amuleto o reliquia, en el bolsillo, una mano momificada de Santa Teresa de Jesús, cosa de que también ha informado en su día el «ABC», de Madrid.

También el poeta J. A. Balbontín creyó en esa patraña, y escribió un gracioso e irreverente soneto en que la santa de LAS MORADAS reclama a Dios la devolución de su mano, diciéndole entre otras lindezas:

Manquita vengo a verte,
la mano que perdí me hace perderte.
Me la robó Francisco, un enanito
del Ferrol, que se alaba del delito.
Dicen que Tú con caridad le tratas.
Pídele, pues, que sea un buen hermano;
dile a Francisco que me dé mi mano,
y él se contente con sus cuatro patas. (Aplausos.)

Aunque a mí me constaba que Franco no se había distinguido cuando joven por ese linaje de devociones y beatorías, llegué a imaginar que bien pudiera haber evolucionado después, al sentirse llamado por la Providencia para acaudillar, al frente de las mehalas musulmanas del Riff, la Santa Cruzada contra el pueblo cristiano de España. Mas la ceremonia de la toma de juramento de vasallaje al Príncipe Juan Carlos, el pasado verano, me sacó de dudas. Aplicando el método evangélico del «Por sus obras los conoceréis», me dije: «¿Cómo, no ya un devoto iluminado, mas un simple creyente, puede, ante las Cortes del

Reino católico y en presencia de un Crucifijo, pronunciar unas palabras que todo el mundo, incluido el propio Caudillo, y desde luego Dios — si existe — saben que son una impostura?

Me refiero a la rotunda afirmación — luego reiterada en ABC por la persona que se oculta bajo el pseudónimo de Ginés de Buitrago — de que el Gobierno de la República había ordenado en 1936 el asesinato del diputado monárquico y proto-fascista D. José Calvo Sotelo.

Nadie puede ignorar hoy, por estar documentalmente probado, que los autores — uno de ellos Capitán de la Guardia Civil — obraron por decisión propia, tal vez impulsados por un reflejo de miedo y autodefensa.

Todo el mundo sabe que el Gobierno reprochó el crimen, que designó inmediatamente un magistrado competente para que instruyera el sumario, y que los presuntos autores estaban encarcelados y a disposición de la justicia cuando se produjo la rebelión militar.

Tampoco puede ignorar hoy nadie que el Glorioso Movimiento había sido preparado de mucho antes, en connivencia con los Gobiernos fascistas de Hitler y Mussolini. La muerte de Calvo Sotelo no fue, pues, una causa, sino un pretexto. Alegaría ahora, solemnemente y ante un Crucifijo como justificación del alzamiento contra la Ley, además de ser una abominable impostura, es una prueba factual del ateísmo de todos los actores y comparasas de la farsa del juramento. SLO PUEDEN MENTIR A DIOS LOS QUE EN DIOS NO CREEN. (*Muy bien. Aplausos.*)

Todo en el régimen franquista, la religión, la Monarquía, la patria, hasta el Estado totalitario, ha sido pura simulación, y una de las más altas cualidades del genio político del Caudillo es su aptitud eminentísima para practicar la impostura. No es, pues, un cristiano fervoroso, sino un impostor fariseo.

Otra de las prendas que más admiran en él sus cortesanos es el valor militar. Yo no sé si Franco posee o no esa virtud que a todo soldado español, por definición, se le supone. El Coronel Ansaldo lo ponía en tela de juicio. Según él el genio militar de Franco más se distinguía por la cautela que por la valentía. Yo creo que bien cabe reconocerle un armónico equilibrio de ambas cualidades.

Pero lo que sí sé, porque el examen de sus actos lo evidencia, es que carece, como gobernante, del valor cívico, moral o humano. Esta especie de valor es la virtud que ciertos hombres públicos poseen de afirmar la verdad, la piedad y la justicia frente a las hordas desmandadas de la plebe. «El que sabe estar solo entre la gente, se sabe acompañar a solas», decía nuestro gran Quevedo.

¿Cómo, si no es por cobardía moral, comprender la terrible y prolongada represión que sucediera a su inmerecida victoria militar? El vencedor que se cree digno de serlo propende a la generosidad y al perdón. Cuando a raíz de una contienda civil, las pasiones desatadas de las turbas piden sangre y venganza, hay que tener mucho valor moral para practicar e imponer la piedad y la justicia.

Un gobernante adornado de ese valor moral no hubiera consentido jamás que sus sicarios le trajeran de Francia al Presidente de Cataluña Luis Companys, para hacerlo asesinar en los fosos del Castillo de Montjuich. (*Grandes aplausos.*)

Un príncipe valeroso no habría entregado a la Francia liberada el Presidente Laval que se había acogido a la hospitalidad de la España fascista, pensando en que el Caudillo, además de cómplice y aliado de los regímenes vencidos en la Segunda Guerra Mundial, sería, por español, caballero. Sólo el gobernante que permite — y acaso ordena — el rapto de Companys, su adversario, para sacrificarlo, es capaz de entregar a Laval, su amigo, para que lo sacrifiquen. (*Nuevos aplausos.*)

El día en que Laval fue entregado a la justicia francesa, a través de los Pirineos, los republicanos que habíamos sido sus víctimas durante la era petenista, sentimos vergüenza de ser españoles. Entregar un preso político a un Estado, a sabiendas de que éste no tendrá más remedio que llevarlo al patíbulo, es hacerse promotor y cómplice de la inmolación; pero hacerlo además en frío, calculadamente, para granjearse la benevolencia de un Gobierno y un pueblo justamente resentidos, chalanear con la muerte de un hombre, me parece una acción tan innoble que, para explicarla, no basta la ferocidad. Hay que atribuirle, además, a la cobardía. (*Prolongados aplausos.*)

Y aún queda otra cualidad distintiva del personaje que analizamos. Dejo a vuestro buen juicio descubrir la calificación adecuada, tras la enunciacón de los hechos:

Comenzó su carrera militar prestando juramento de lealtad a su Rey, D. Alfonso XIII, a la Monarquía y a su bandera, y luego, no tuvo inconveniente en prometer igual fidelidad a la República, al pueblo y a la enseña tricolor.

Encabezó la rebelión armada contra el Estado legal, en connivencia con Hitler y Mussolini, con cuyo apoyo su-

primió las libertades republicanas y desgarró los emblemas que había jurado defender y servir.

Aceptó la alianza, la ayuda y el modelo de los Estados totalitarios, declaró solemnemente ante sus Cortes que era inevitable y deseable la derrota de las democracias aliadas, sin perjuicio de renegar más tarde de sus protectores nazi-fascistas, cuando los vio vencidos, para buscar y ¡ay! conseguir la amistad de los vencedores a quienes había escarnecido mientras los creía derrotados.

Encarceló y desterró en 1962 a los ciudadanos que en Munich, ante el Congreso del Movimiento Europeo, habían solicitado que se instaurase en España una verdadera democracia libre, única manera de que el país pudiese incorporarse de pleno derecho a la nueva Europa; y tras de proclamar ante sus hordas de falangistas vociferantes, en Palencia, que la legitimidad de sus poderes no emana de las papeletas electorales, sino de la punta de las bayonetas, simuló un Referéndum en que él mismo depositó en la urna su papeleta electoral, además de hacerse atribuir veinte millones de votos, y vistiéndose el sayal del mendigo, se puso a llamar a las puertas de la Europa libre.

Instauró una Monarquía *sui generis*, cuyo primer acto fue exigir al Príncipe designado que quebrantase la fidelidad debida a la Institución, a su padre y a su dinastía. Manejó a los falangistas para burlar y contener las aspiraciones de los pretendientes monárquicos de todo linaje; a los tecnócratas del OPUS, para desbancar a la Falange, y se valdrá en su día de quién sabe qué para destruir al OPUS, si antes el OPUS no le destruye a él y a su sistema. (*Aprobación general.*)

Nadie negará que he sido más bien parco en esta enumeración de proezas perpetradas por el personaje histórico que estudiamos. Ellas prueban que no fue para él para quien Quevedo escribió aquello de que «al español más le hace la lealtad que el nacimiento».

He ahí descarnada, al desnudo, la leyenda de la personalidad carismática del Caudillo. Si las obras, al decir del Evangelio, son las que dan a conocer la verdadera condición de los hombres, sus actos y su vida hacen de él un paradigma de la impostura, la deslealtad y la cobardía. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

EL MITO DE LOS TREINTA AÑOS DE PAZ. — Se me redarguirá: «Bueno, él será lo que sea; pero le ha dado a España 30 años de paz y la prosperidad de que ahora disfruta. Dice el refrán castellano: hágase el milagro y hágalo el diablo. ¿Qué nos importa que Franco sea ese guñapo moral que dices, si gracias a él tenemos hoy la prosperidad y la abundancia?»

¡Ah! si yo tuviera ahora espacio para desmenuzar los hechos, ellos os demostrarían con igual evidencia que acabo de hacerlo al analizar su personalidad carismática, la falacia e inconsistencia del mito de la paz y prosperidad. Me limitaré a sentar unos cuantos hechos y afirmaciones, ya que no tengo tiempo, ni vosotros quizás paciencia, para desarrollar la argumentación y la prueba.

En primer lugar, Franco y los suyos no dieron a España la paz, sino que le trajeron la guerra. (*Muy bien. Aplausos.*)

Es cierto que de 1931 a 1936, sobre todo a raíz del triunfo electoral del Frente Popular, había en España una inquietante agitación social, como la hay siempre en toda sociedad viva, libre y progresiva. La paz muda de la muerte, sólo existe en las cárceles y en los cementerios.

Es cierto también que al socaire de esa inquietud ciudadana se produjo una oleada de atentados políticos; pero la propaganda franquista olvida decir que fueron en su mayor parte promovidos por los pistoleros de Falange y de las JONS. Recordadlo: se intentó asesinar a Largo Caballero. Se intentó asesinar a Jiménez de Asúa; el crimen frustrado costó la vida a un policía de su escolta. Se envió en forma de regalo una bomba al ex-diputado radical-socialista Eduardo Ortega y Gasset. Se había asesinado antes a Manuel Andrés, afiliado de Izquierda Republicana, jefe superior de policía durante el Gobierno del Sr. Azaña. Se asesinó al magistrado Sr. Pedregal, Presidente del Tribunal que había juzgado y condenado a unos pistoleros de la Falange. Se asesinó a varios oficiales de las fuerzas de seguridad y guardia civil, todos ellos republicanos. No serían los republicanos quienes les asesinaran.

A vueltas de aquel clima de violencia que ellos fomentaron —ahora se sabe que subvencionados por la diplomacia nazi-fascista — pereció, ni el primero ni el único, el ilustre y desventurado diputado monárquico D. José Calvo Sotelo. Mas con todo, el desorden artificial y prefabricado no llegó a ser nunca comparable a la agitación y violencia que hemos visto, en determinados periodos de la historia reciente, en Francia, en Alemania, en Italia, en la propia Inglaterra, que estamos viendo en los Estados Unidos de América, donde a nadie se le ocurre pensar que el remedio contra el desorden sea que el Ejército y la fuerza pública se subleven contra la Ley, desencade-

nen la guerra civil y suplanten a las autoridades legítimas de la nación. (Aplausos.)

Hitler lo había enseñado en Alemania: incendiar el Reich, y denunciar ante la opinión como autor del crimen al Partido comunista, para justificar el exterminio implacable del Partido comunista. Aquí, en la España de 1936, los discípulos de Hitler crearon el desorden, y luego se sublevaron para restablecerlo, decían, anulando de paso y para mucho tiempo las libertades políticas y las instituciones democráticas.

Como al usurero Juan de Robres que, después de haber arruinado a los labradores de la comarca, les edificó un hospital o asilo de mendigos donde recogerlos cuando fueran ancianos, se podría escribir en el frontispicio del Estado franquista la proverbial redondilla:

Con caridad sin igual,
el beato Juan de Robres
hizo este santo hospital...,
¡pero antes hizo los pobres!

Así Franco no habría tenido necesidad de regalarnos su paz si antes no nos hubiera traído su guerra. Y tras la guerra, la represión implacable que, aunque dulcificada ahora por el uso y la corrupción — hasta el hacha del verdugo se mella con el uso —, todavía dura, y que para ellos será la paz, pero sigue siendo la guerra para los que nos hemos pasado treinta y un años en el destierro, y para los que han perecido a millares en los presidios, y para los que siguen escondiendo su verdadero ser en las catacumbas del silencio y el terror, sin posibilidad de manifestar sus ideales políticos ni ejercer sus derechos de ciudadanía. La paz de hierro, impuesta por el hierro, y mantenida con los tres terribles terros de toda tiranía: el encierro, el destierro o el entierro. (Aplausos.)

Pero el régimen ha hecho algo peor que oprimir al pueblo: le ha deshonrado, poniendo sobre la cruz del sacrificio el INRI del escarnio. Me explicaré brevemente:

El director del Instituto Nacional de Publicidad de España, don Ignacio H. de la Mota, a su paso por México, ha dicho «con vehemencia», según leo en la prensa de la capital azteca, que «no ha habido ningún país que haya sido tan calumniado, y con tanta injusticia, como España». Hace más de treinta años que yo vengo diciendo lo mismo, aunque con intención harto diferente.

Si España ha sido y sigue siendo sistemáticamente calumniada, desde 1936. Calumniada, en primer término, por el Caudillo y sus secuaces que, para justificar el alzamiento de los militares rebeldes y la continuidad de la dictadura, precisan cultivar la especie de que el Gobierno republicano era una cuadrilla de asesinos y el pueblo una horda de bárbaros.

Calumniada por la Iglesia, cuyas altas jerarquías lanzaron en julio de 1937, a todo el mundo católico, la ominosa carta colectiva donde se propalaban calumnias evidentes y hoy documentalmente desmentidas, o se agitantaban ciertas y lamentables atrocidades de que ni el pueblo ni la República fueron responsables, sino víctimas, puesto que acaecieron como secuela previsible e inevitable de una guerra civil que le había sido impuesta a España por la rebelión militar y la intervención extranjera, y que, por otra parte, no fue ni más ni menos bárbara que todas las guerras civiles, en todos los pueblos, tiempos y latitudes.

Del carácter calumnioso de aquel documento episcopal ha dado preciso y claro testimonio la Carta abierta que el 12 de noviembre de 1962 dirigió el ilustre general don Emilio Herrera y Linares, católico, sabio y español, a los Padres conciliares, solicitando que el Concilio restableciera la verdad y rehabilitase el honor del pueblo calumniado. Salvo muy honrosas excepciones, los Padres conciliares optaron por lavarse las manos en los aguamaniles infectos del silencio, lo que siempre, desde Poncio Pilatos acá, ha sido una manera cobarde de complicidad en el sacrificio de los inocentes.

«Si esas falsas acusaciones — las atrocidades divulgadas por la Carta colectiva de la Jerarquía eclesiástica — fueran ciertas», escribía el general Herrera, «el pueblo español sería el más salvaje de la tierra, y ésta es la impresión que la Carta del Episcopado español ha producido en la conciencia mundial, para la que nuestro pueblo es considerado como una horda de asesinos y de bestias inhumanas.» Claro es que de esta carta, que todos los Padres conciliares recibieron en su día, el pueblo español no pudo ni puede tener noticia alguna, aunque ahora, según el señor de la Mota, ejerce la libertad sin ninguna cortapisa.

Luego, España ha seguido siendo calumniada por la prensa y la diplomacia del mundo libre, cuyas clases dirigentes y gobiernos están interesados en justificar, a cuenta de la barbarie del pueblo español, la tolerancia culpable que observan para con la tiranía, y la amnesia — por no decir la ingratitud y deslealtad — para con la

República Española, de aquellos Estados y Gobiernos que se proclaman paladines de la democracia, en todas partes. En todas partes, menos en España. «Porque España es diferente». Es decir, porque España es un pueblo inferior cuya única forma estable de gobierno es una tiranía feroz y corrupta que le proteja de su ingénita e irremediable ferocidad y villanía. (Muy bien. Grandes aplausos.)

Y la calumnia al pueblo español es también una manera sutil de aplacar la conciencia atormentada de todos los que, dentro o fuera, se sienten culpables del crimen histórico perpetrado, por acción o por omisión, con la República Española.

Si, además de necesario es de justicia que se emprenda una campaña nacional e internacional con el designio de horrorar la mancha de la calumnia que gravita sobre España, pero donde principalmente hay que rehabilitar a España es en España misma, única manera de devolver al pueblo la fe y la confianza en sí mismo, y de liberarle del complejo de inferioridad que le han inculcado los treinta y un años de publicidad dirigida a demostrar su ineptitud para gobernarse como nación libre y civilizada.

Mas por instinto de conservación, el Estado franquista no puede tolerar la rehabilitación del pueblo calumniado, pues que ello equivaldría a reconocer y denunciar el pecado original del régimen «que le fue impuesto a España por la intervención nazi-fascista, como parte de la conjura que desencadenó la Segunda Guerra Mundial», según lo proclamara la Asamblea de las Naciones Unidas cuando todavía estaba reciente el recuerdo de lo acaecido.

El silogismo es categórico e irrefutable: si la democracia libre es el mejor sistema político, y si el pueblo español es tan apto como el que más para practicarla, entonces ¿qué justificación tendrían la rebelión militar, la guerra civil y la prolongación indefinida de la tiranía? (Aplausos.)

EL MITO DE LA PROSPERIDAD. — Y aún queda el otro mito que, tenéis paciencia, quisiera analizar y destruir dialécticamente: Franco ha dado a España un nivel de prosperidad material que nunca había alcanzado.

Como ellos lo afirman y nadie puede desmentirlo, las gentes ingenuas llegan a creerlo. Pero veamos: Francia, y Alemania, e Italia, e Inglaterra, y no digamos los países escandinavos, los del Benelux y los Estados Unidos de América no han tenido una dictadura paternalista y providencial como la de Franco y sin embargo, son naciones mucho más ricas y prósperas que España. Todos los pueblos progresan hoy, merced a los prodigiosos adelantos de la técnica, independientemente y aun en muchos casos a pesar de sus dirigentes políticos, pero los más prósperos y ricos son los que continuamente se han desarrollado en régimen de democracia libre.

Atribuir, pues, a la permanencia de la dictadura la modesta prosperidad que está alcanzando España, es un abuso dialéctico que sólo se puede mantener a base de tener amordazado el sentido crítico de las gentes. Viene como anillo al dedo recordar el caso del estudiante falangista que, al examinarse de Historia, reducía todos sus conocimientos de la asignatura a la intervención providencial del Caudillo.

— ¿Quién ganó la batalla de Covadonga?, preguntó el profesor?

— ¡Franco!

— No, hombre, no. La batalla de Covadonga la ganó don Pelayo.

— ¿Quién descubrió América?

— ¡Franco!

— No, hombre. América la descubrió Colón.

— ¿Quién conquistó México?

— ¡Franco!

— No, hombre, no. Hernán Cortés.

— ¿Quién escribió Quijote?

— ¡Franco!

— No, hombre, no. Cervantes.

Y así sucesivamente. Y como el tribunal no tuviera más remedio que suspenderle, nuestro estudiante falangista salió diciendo que era intolerable que al cabo de tantos años de la victoria se consintiera que las universidades estuvieran todavía en manos de profesores rojos. (Risas y aplausos.)

Los tres factores que han contribuido más eficazmente al resurgimiento de la economía nacional, fueron por completo ajenos al genio carismático del Caudillo y a su régimen, que sólo han intervenido para obstaculizar, frenar y retrasar el funcionamiento de los mismos. Estos tres factores son, todos lo sabéis, los créditos exteriores, principalmente americanos, el turismo europeo y la emigración a Europa de los trabajadores españoles.

En cuanto al primerlo, es evidente que si no hubiera habido guerra civil, España no habría necesitado para nada créditos exteriores, y si los vencedores no se hubie-

ran empecinado en prolongar la estructura del Estado falangista, con su absurda autarquía económica, hasta 1958, *España se habría beneficiado a su tiempo, como todas las naciones de la Europa occidental, del Plan Marshall, y habría recibido préstamos y donativos americanos por el importe de 3 a 4 000 millones de dólares — repárese bien, de 3 a 4 000 millones, seis u ocho veces más del valor del oro depositado en Rusia —, y ello sin necesidad de dar en prenda pedazos del territorio nacional y girones de su soberanía, para el establecimiento de bases militares. Es decir, sin Franco, la reconstrucción económica del país, en lo que ha dependido de la ayuda americana, habría comenzado quince años antes, por lo menos, y en condiciones harto más ventajosas.*

¿La oleada creciente del turismo europeo? Se debe en primer término a la prosperidad económica de la Europa libre y democrática, y a las leyes sociales — y socialistas — que concedieron a la población obrera las vacaciones pagadas y los altos salarios que permiten a los trabajadores ir a veranear en España, y en segundo lugar, al clima, al cielo y al sol de nuestra patria, que son dones permanentes de la naturaleza.

Los millones de turistas europeos no van a España, con sus divisas, sus modas y sus costumbres que tanto han contribuido a desterrar la mojigatería clerical de los primeros años de la victoria; no van a España, repito, por el gusto de contemplar las ostentosas medallas en el pecho del Caudillo, las camisas viejas — ¡y tan viejas! — de sus falangistas, las boinas rojas de sus requetés, las sotanas negras de sus curas, los tricornos acharolados de sus guardias civiles, o las levitas abotonadas de sus tecnócratas y banqueros del Opus Dei, sino en busca del sol seguro, del cielo azul, y de la vida barata que, por otra parte, es el triste privilegio de los pueblos pobres y rezagados.

Y luego hay la emigración de los obreros españoles a los mercados de trabajo de la próspera Europa libre, chorro de riqueza que ha fecundado la misera economía nacional, y que tampoco ha brotado de la fuente milagrosa del carisma caudillesco, sino de la iniciativa, el sudor, el sacrificio y el ahorro de la clase trabajadora, y en que el régimen no ha tenido otra intervención que la de frenar y retrasar su espontáneo desarrollo, y embolsarse los beneficios.

Y ahora tenemos a España en el umbral del Mercado Común. Un día u otro, nuestro país se incorporará a él, porque la geografía, la historia, la economía y hasta la estrategia así lo determinan. Aquel día, los turiferarios del Caudillo prodigarán el incienso de la alabanza — mejor sería decir de la adulación — para proclamar que Franco le ha abierto a España las puertas de Europa.

La verdad escueta — y desconsoladora — es que, si Franco no hubiera existido, o si se hubiera retirado, como era su deber y como el interés nacional lo requería, al ser vencidos los regímenes totalitarios que le auparon al Foder, España habría sido, desde el principio, miembro fundador de la nueva Europa. La única aportación del Caudillo ha sido retrasar durante más de veinte años la europeización de nuestro país, con la consiguiente pérdida de oportunidades económicas y de prestigio político. *(Muy bien, Aplausos.)*

He hablado para aquellos de vosotros que, venidos de España, no tenéis ocasión de conocer otra versión de la historia política de nuestra patria que la que os procuran las fuentes turbias y encenagadas de la información, oficial, única tolerada. Os he dado hechos evidentes y razones claras, con la esperanza de que las pongáis en circulación mediante la cadena silenciosa de radio libertad.

EL REDESCUBRIMIENTO DE LA VERDAD HACIA LA NUEVA REPUBLICA. — Aún había pensado examinar otro tema interesante: el redescubrimiento de la verdad republicana por las nuevas generaciones del interior, allí, en España. No voy a hacerlo. No me queda tiempo, ni a vosotros quizás paciencia. Por otra parte, los que deseen pueden satisfacer su curiosidad leyendo el artículo que he publicado sobre el tema en la revista «Ibérica», de New York.

Sí, allí, en España, no faltan quienes están redescubriendo la verdad pasada y verdadera de nuestra República, que no es el ayer, sino el mañana de España. El examen de lo que se hace, se dice y se piensa en España, muestra a ojos vistas que el régimen se desintegra y desmorona, al mismo ritmo que renace la conciencia democrática y liberal, cuya forma de gobierno propia es la República. Ese renacer de la conciencia republicana es lo que me permite anunciaros un feliz vaticinio: estamos en la antesala de otro 11 de febrero o de otro 14 de abril.

En diversos momentos decisivos de la historia reciente de España, yo he tenido la intuición de lo que se avecinaba. La visión clara de que la República estaba germi-

nando explica que, muchos años antes, cuando parecía consolidada la Monarquía y en su apogeo la dictadura de Primo de Rivera, consagrara yo los mejores años de mi juventud a predicar y preparar el advenimiento de la República. La indiferencia embargaba todavía a la mayoría de los jóvenes de mi generación, y el escepticismo a los viejos. De alguno ilustre recuerdo que todavía el 12 de abril de 1931 por la noche expresaba su incredulidad de que pudiera instaurarse una República en la que pocas horas después ostentaría, con brillantez y acierto, altas funciones y dignidades políticas.

Otros, como Valle Inclán y Eugenio Noel, auguraban días siniestros que nada permitía lógicamente presentir en aquella alborada de paz, alegría y esperanza. Valle Inclán voceaba a quienes quisieran escucharle, en la cacharrería del Ateneo o en su peña de café: «Están ustedes contentos porque la República se ha implantado sin verter una gota de sangre, pero la sangre va a correr a torrentes.» Y Eugenio Noel me aseguraba el 13 de abril por la noche, en Valencia: «No seas ingenuo. No puede haber República en España. Y si la hubiera, ni Francia ni Inglaterra consentirían que se consolidase.»

Muchas veces me he acordado luego de tan siniestros y, al parecer, infundados augurios. De Valle Inclán cuando, en efecto, la sangre corría a torrentes durante la guerra civil, y aún más después de la victoria del caínismo ancestral; de Eugenio Noel, cuando Francia e Inglaterra, a través del pérfido y cobarde artificio del Comité de No Intervención, echaban paletadas de tierra en la tumba de la República Española.

Pero mis previsiones no fueron nunca, como los augurios de Valle Inclán y Noel, atisbos geniales o intuiciones caprichosas, sino razonadas deducciones del examen desapasionado de hombres, sucesos y cosas.

Abundan los textos míos, publicados los años 1932-36, en que advertía a mis compatriotas de que íbamos camino de una espantosa guerra civil y social. Y así fue...

Después de la guerra, he venido anunciando desde 1940 que Franco *no restauraría* nunca la Monarquía histórica, sino que *instauraría* — para después de su muerte — una democracia de nueva planta amanada de su asumida misión carismática. Y así ha sido.

En trabajos insertos en la «Revue Socialiste», de París se pueden leer textos míos en que con años de anticipación se anuncian la institucionalización, el referendum y la elección de don Juan Carlos para la sucesión de Franco, a la muerte de Franco y siempre que el príncipe se mantenga fiel a las leyes e instituciones de Franco.

Pues con la misma convicción, y los aciertos pasados me autorizan a decir que con igual certidumbre, me atrevo a proclamar hoy que el porvenir de España es la República liberal y democrática, y a advertir que el intento de prolongar *post-mortem* la monarquía franquista es un imposible metafísico, que si se tradujera en hecho físico tendría funestas consecuencias para los que lo intentarían.

No es de hoy este presentimiento. En un discurso que pronuncié en New York, el 22 de septiembre de 1961, se puede leer esta trágica profecía: «A un rey que fuera elegido y reentronizado por el pueblo, en elecciones limpias, libres y sinceras, los republicanos, haciendo el sacrificio de nuestras convicciones ante el altar de la patria y por respeto a la soberanía nacional que es la fuente de toda legitimidad, lo acataríamos aunque no lo sirviéramos...; pero a un rey impuesto a España por la confabulación del feudalismo interior y del imperialismo extranjero, a ese rey, le prometemos nuestra guerra sin cuartel y le profetizamos la revolución y el regicidio. España es un pueblo generoso, pero indignado, puede llegar a ser un pueblo terrible. Los que sin el pueblo, contra el pueblo, despreciando al pueblo, entronizasen en España una Monarquía que al ser impuesta necesariamente habría de ser absoluta, no serían restauradores, sino verdugos; no ofrecerían a su rey una corona, sino el capuz del ajusticiado; no levantarían a su paso la escalinata alfombrada del trono, sino las gradas ensangrentadas del patíbulo.» *(Grandes y prolongados aplausos.)*

Como no tengo el orgullo ni la vocación de profeta, quisiera esta vez equivocarme, pues que no me complace el mal ni el dolor de nadie, ni siquiera el de mis enemigos. A lo que aspiro, sin gran esperanza, de ser escuchado, es a que éstos no desencadenen el mecanismo fatal de los acontecimientos, y a que ahora, que aún es tiempo, desarmen la justa cólera del pueblo, devolviéndole el pleno ejercicio de su soberanía y sus libertades, es decir, facilitando por vías pacíficas y democráticas la *restauración* o la *instauración* del régimen que España, libremente, quiera darse, y que a mi juicio será de nuevo *La REPUBLICA*. *(Grandes y nutridos aplausos que se prolongan largo rato.)*